

///

Hoy estamos con Graciela Fernández Meijide, quien fue integrante de la CONADEP, diputada nacional, senadora, candidata a gobernadora de la provincia de Buenos Aires y también convencional constituyente. Además fue presidenta de la Convención Constituyente de la Ciudad de Buenos Aires, que se creó después de la reforma nacional del '94. También integrante del Frente Grande y FREPASO, fuerzas importantes que tuvo la reforma. Gracias por tu tiempo para recordar y reflexionar sobre esos años movidos. ¿Qué experiencia significó para usted haber sido convencional constituyente?

¡Me obligan a recordar sí o sí! Empiezo por la parte cómica del asunto. Nosotros, los integrantes del Frente Grande, habíamos hecho una elección bastante buena a nivel nacional en el '93 y habíamos sacado un diputado nacional en la provincia de Buenos Aires y creo que en la ciudad logramos unos catorce puntos. Lo cual, para un partido nuevo como nosotros, era mucho. No habían pasado seis meses, que aparece el Pacto de Olivos. Entonces nos preguntamos qué hacer. Porque el pacto tenía un objetivo desde el menemismo que era modificar la Constitución que impedía la reelección y del lado de Alfonsín, que aceptó hacer el pacto, era buscar un consenso como para poder introducir además de esa idea, que no se le podía negar a Menem porque lo hubiera hecho por cualquier otro lado, agregar determinadas situaciones que habían sido firmadas por el país como aceptando todos los principios internacionales, las convenciones de derechos humanos, que al ingresar a la Constitución se transformaban en ley porque era más sencillo. No sólo eso, sino que Alfonsín buscaba siempre con esa idea de la democracia republicana, que se reforzara lo que era la división de poderes, el control del parte del Congreso, del presidente. Tenemos un sistema muy presidencialista, aceptémoslo. Entonces teníamos que decidir si nos oponíamos o no. En principio, nos opusimos, con el argumento de que teníamos una buena constitución que podía modificarse pero que no había por qué cambiarla toda. Era para resistir a la reelección de Menem. Recuerdo que Carlos "Chacho" Álvarez decía: "¿Qué le vamos a decir a la gente en la calle?", porque antes hacíamos campaña en la calle, "Por ejemplo, ¿alguno de ustedes sabe lo que es el Consejo de la Magistratura?". Entonces dijimos: "Apechuguemos, manifestémosnos en contra y vemos". Lo cierto es que se hizo una muy buena elección para constituyentes. Nos sorprendió por la cantidad de votos y no sólo en la ciudad, que era nuestro lugar de nacimiento, nuestro territorio. Nos fue muy bien en varios distritos, entre ellos Neuquén, donde quien encabezaba la lista era Monseñor de Nevares, que en ese momento ya era obispo emérito por lo tanto podía ser elegido. Había sido, durante toda la dictadura, uno de los presidentes de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos y más adelante fue parte de la CONADEP. Eso hizo que nuestra bancada, cuando la veíamos, nos deslumbrara. También nos obligó, pensando en la política del momento, a evaluar las consecuencias de haber conseguido tantos votos. Íbamos a tener que presentar candidato a la presidencia, antes de lo que nosotros habíamos pensado.

¿O sea que la convención precipitó el destino del Frente Grande?

Sí, además nosotros, en el Congreso Nacional y en la propia convención, votamos muchas veces junto con los radicales, porque pensábamos igual. Lo que se nos oponía era lo que entonces se podía llamar la derecha no democrática. En ese entonces estaba claro qué era derecha y qué era izquierda. Estaba lo que se llamó el Partido Militar, que era como un resto de lo que había quedado políticamente de las Fuerzas Armadas o de personas cercanas a su pensamiento. El

MODIN, encabezado por Aldo Rico. Después, con el tiempo desapareció. Bueno, también el FREPASO.

Si se opusieron al Pacto de Olivos, ¿por qué se presentaron a la elección?

Porque aunque vos te opongas a algo, tenés que aparecer para que la gente sepa que existís. El jefe de nuestra bancada dijo: “Déjennos votar cada propuesta del Núcleo de Coincidencias Básicas por separado”, eran trece y entre ellas la reelección. No se nos rieron en la cara porque eran respetuosos, el Núcleo estaba cerrado a triple candado porque su objetivo era la reelección de Menem.

¿Qué interpretaron ustedes de ese resultado de elección? ¿Cuál creyeron que era el pedido del votante del Frente Grande que quería verlos en la convención?

En ese momento había mucha bronca por la corrupción. La ligereza, la velocidad para permitir hechos corruptos. Aunque comparado con lo que después fue la corrupción K, Menem parecía un niño de pecho. En realidad la sociedad se indignaba sobre todo en los centros metropolitanos. En el interior más profundo, a Menem se lo toleraba con corrupción y todo, porque tenía un lenguaje muy directo, sabía cómo dirigirse, tenía habilidad política. Es más, después de ganar, dijo: “Si yo hubiera dicho lo que iba a hacer no me hubieran votado”. Ahí, mientras se desarrollaba la convención, ya Chacho y algunos de nosotros empezamos a hablar con partidos chicos que se sentaban al lado nuestro para tener voz, también. Uno era el socialismo, otro el Partido Comunista. Estaban dispuestos a acercarse y hacer una alianza, eventualmente. Nuestro partido llega a la convención como Frente Grande y más adelante pasa a ser FREPASO. Para eso se dan algunas cosas. Primero ese acercamiento de algunos partidos chicos. Segundo, Octavio Bordón, peronista de Mendoza, que quería ser candidato a presidente. Él sentía que la reelección de Menem le cortaba el camino, tenía razón. A partir de eso él armó el partido PAIS, y terminamos juntos formando el Frente País Solidario, FREPASO. Fue ya terminada la convención. En ese momento también ocurrió el atentado a la AMIA.

¿Cómo se vivió el atentado a la AMIA durante la convención?

Nosotros viajábamos casi todos los viernes, teníamos un departamentito cada uno en un hotel, porque a veces había que quedarse hasta cualquier hora de la noche y el fin de semana no nos volvíamos. Esa vez estábamos en Buenos Aires los que teníamos que estar ahí, pero Chacho y yo, que éramos las cabeza en la ciudad, nos vimos conmovidos a las seis de la mañana, por la bomba. Chacho se quedó para hacer declaraciones y cubrir la noticia y yo me fui para seguir discutiendo el tema. Mucha conmoción hubo. Voy a dar un detalle con respecto a cómo apreció yo que era hábil Eduardo Menem. Una convención funciona como cualquier legislatura, se arman comisiones por temas, de ahí salen artículos y no leyes, para incorporar a la Constitución o en lo que se renueve. Para ello hay que reunirse, discutir, llegar a una decisión y recién ahí se hace el plenario en el cual se vota, que puede durar muchas horas y habrán visto que incluso hasta la madrugada. Eduardo Menem pensó con mucho criterio que los primeros días no iba a haber reuniones totales en el recinto, por lo tanto era mejor, mientras trabajaban las comisiones, discutir primero aquellos puntos en los cuales estábamos todos de acuerdo. Los más polémicos se hacían discutir en comisiones. Él decía: “Si la gente ve que nos reunimos en Paraná, que producimos gastos, se va a enojar, va a ser impopular, por lo tanto votemos rápidamente aquellas cosas en las que estamos de acuerdo y llenemos el recinto una vez por semana mientras vamos discutiendo las más difíciles”. A la discusión de la reelección nosotros no mandamos a nadie porque nuestro no era no.

¿Cuáles eran para ustedes los temas más importantes, en los que había que estar?

Bueno, yo trabajé en la comisión que tenía que ver con instituciones públicas, para atacar lo más posible el tema de la corrupción y entornar cada vez más todas las acciones del ejecutivo, entregándole poder al pueblo para vigilar. También en la incorporación de pactos que tenían que ver con derechos humanos.

¿La discusión sobre derechos humanos, fue fácil?

Sí, sucede que en la conformación de las comisiones, ya se veía. No lo podías imaginar a Rico en la comisión de derechos humanos en general por ejemplo, en ese momento ya era ley de Alfonsín que las Fuerzas Armadas no intervinieran en conflictos internos. Es una de las discusiones que hoy tenemos con los bonos, en Rosario.

Al principio decía que ustedes se sentían más afines al radicalismo, ¿cómo fue esa convivencia dentro de la convención siendo que era uno de los que había pactado?

Eso lo dejamos de lado porque sabíamos que íbamos a perder. Los peronistas y los radicales se habían comprometido en hacer ese Núcleo de Coincidencias Básicas. Después, otras situaciones sí las podíamos discutir. Quien debutó en política en esa convención fue Lilita Carrió, recién llegada del Chaco. Ocurría con mucha gente recién llegada de su provincia, pero ella no había militado allí tampoco.

¿Como se llevaban ustedes dos, había una buena conversación?

Normal, sí. Ella era muy inteligente, sabía que estaba aprendiendo. Su discurso, cuando se votó el Núcleo, fue muy cómico porque hizo un argumento inteligentísimo en contra. A Alfonsín los ojos se le caían, estábamos todos boquiabiertos. Ella había entrado por Alfonsín, era del equipo de Ángel Rosas que en el Chaco respondía a Alfonsín, que ganó en ese momento la cabeza con Lilita. Entonces ella habló muy bien, muy fuerte constitucionalista, era profesora de esa materia en la facultad de su provincia. Hasta que de repente, dice: "Sin embargo, por obediencia partidaria, voy a votar por sí". Cuando todo el mundo esperaba que se opusiera, eso fue notable y ella siempre fue vistosa.

¿En la convención estuvo el germen del armado de la Alianza o no hay forma de ligarlo?

No, sólo del FREPASO que cuando fue a elecciones sacó varios millones de votos a nivel nacional. Yo después le tomaba el pelo a Corach, que era un excelente jefe de gabinete, y le decía: "Se pegaron un susto bárbaro ustedes, ¿no? ¡Creyeron que podíamos ganarles!". "Yo sí, pero Menem no", me dijo.

Para usted, haber sido después presidenta de la convención de la Ciudad, ¿qué cree que fue más importante?

No puedo decir que una haya sido más importante que la otra, pero tal vez, lo importante de que se haya hecho la de Buenos Aires, es que dentro de la reforma del '94, se precisaba que en algún momento la Ciudad iba a tener su propia constitución, su propia policía, justicia, etc. Hubo una ley que se llamó Ley Cafiero, por Antonio, que eso se iba a postergar hasta que hubiera fondos para que la Ciudad tuviera todo eso. Sin embargo, para hacer la Constituyente, Menem a través del

Ministerio del Interior, lo que hizo fue que en lugar de hacer de un saque la votación de jefe de gobierno, tercer senador, divide. Ésta es otra de las cosas que nos dejamos en el tintero. Alfonsín, entre las cuestiones políticas, hizo agregar que se eligiera un tercer senador, porque se elegían dos y normalmente, sobre todo en el interior, ingresaban dos senadores peronistas. Porque la mayor parte era o se había hecho peronista. En cambio la Ciudad, era muy radical, entonces pensaban sacar al menos uno propio. Si agregaban un tercero para la minoría, tenían chances de tener un senador radical de otras provincias. Eso hizo que yo me postulara a ser senadora, e hice una elección que nos dejó sin respiración a todos. Iba Erman González, que lo había puesto Menem, Vanossi, un radical muy formado y profesor universitario, y yo. Para hacerla corta, yo saqué 46% de los votos. Vanossi 24% y Erman González 22%. Saqué la suma de los otros dos, lo que me colocó en un lugar de mucha expectativa. Al interior del Congreso Nacional, nosotros votábamos casi siempre con los radicales y cuando se hizo la votación a jefe de gobierno y a estatuyentes, yo saqué la mayoría. Por eso presidí la estatuyente. Ahí me encontré con que yo no tenía la más mínima idea de cómo se manejaba un cuerpo legislativo, cuánta plata necesitaba toda la gestión de financiamiento y demás. Entonces dos compañeros fueron a averiguar cuánto se había gastado en la del '94, cómo eran los puestos, porque había que nombrar gente y nosotros recién ingresábamos en la política y no teníamos cuadros propios. Lo que ahora le está pasando a Milei. Entonces fui a hablar con Pierri, que era presidente de la Cámara de Diputados, y le pedí que me deje hablar con sus secretarios, taquígrafos, me dijo que sí y le prometí: "Vamos a sesionar un día que no sesione la Cámara, para no molestar su trabajo". También le pedí a Ruckauf, que curiosamente en ese momento terminó siendo el presidente del bloque peronista y que nunca el peronismo hizo peor elección que ponerlo a él a la cabeza en Buenos Aires. Me trajeron todo el informe y recordé lo que había hecho Menem. Había un problema en el preámbulo que no nos poníamos de acuerdo, así que dije que eso iba al final, mientras tanto vamos a discutir primero todos los artículos que tenemos acuerdo. La verdad, que todos los artículos presentados, siendo que era una Ciudad muy progresista y nos llevábamos bien, salían con unanimidad. Incluso el tema del preámbulo logramos arreglarlo y salió. Para mí, la experiencia de observar lo que había hecho Eduardo Menem como presidente de la Constituyente del '94 y qué cosas hacían falta me fue muy útil.

Graciela, si le fue tan bien en la elección para estatuyente, ¿por qué después no intentó ser jefa de gobierno?

Porque no teníamos a nadie en la provincia de Buenos Aires con el conocimiento que teníamos Chacho y yo. En esa época, aquello que te daba más popularidad, era la presencia en la televisión y en los diarios. Cuando vos vas a poner un candidato importante, lo primero que hacés es hacer una encuesta de imagen. Te conocen o no te conocen. Si no te votan porque no te conocen, estás frito, no se puede arreglar. Primero tenés que hacerte conocido. Chacho y yo teníamos entre el 95 y el 100% de conocimiento, éramos muy fuertes. Yo le propuse a Chacho otra cosa que no sé si hubiéramos podido hacer, dada su propia actitud política después y es que él fuera jefe de gobierno y yo a gobernadora a la provincia de Buenos Aires en el '99. El me pidió que fuera como candidata a diputada a la provincia y la verdad es que al principio le dije que no y después de pensarlo mucho acepté porque no teníamos quién más pudiera hacerlo. Queríamos que fuera Carlos Auyero que era un tipo muy inteligente, hábil, pero no tenía carisma. Cuando decidimos que yo iba, mandé a quien fue mi jefe de campaña, Rodolfo Rodil, a que le avisara a los otros partidos que cambiábamos el candidato, que iba a ser yo. Inmediatamente Duhalde lo sacó a Pierri y puso a su mujer, Chiche, y Alfonsín lo sacó a Storani y se puso él. Empezó la campaña y Alfonsín se dio cuenta que él no lograba subir más del 12%, y ahí hicimos la Alianza. Ahí recién se armó y de ahí en más trabajamos juntos.

¿Chacho le reconoció que podrían haberle hecho caso a usted?

Sí, me decía: “Vos sos Juana de Arco”. Y yo le contestaba: “¡Ah, claro, h.d.p., a Juana de Arco la quemaron viva!”. Bueno, yo no lo hice por él, yo estaba en un partido que lo había formado una vez que él abandonó el partido estando ya en la Alianza y a diez meses de empezar el gobierno, no sólo renunció a su lugar de vicepresidente sino que renunció como presidente del FREPASO y yo me fui del partido. Renuncié cuando López Murphy, ministro de economía, a pesar suyo, en ese momento estábamos con problemas económicos que hoy vistos a la distancia entendí mejor qué nos había pasado, él estuvo sólo una semana y lo primero que hizo fue bajar el presupuesto de educación y dije: “¿Qué estoy haciendo yo acá?”. Ahí también renunció Storani y alguno más.

¿Ve a la Constituyente como algo en lo que su carrera política giró?

Lo veo como un trazo en el que avancé a una elección por año, estrictamente, y me iba bien, me consolidaba políticamente. Tal vez a partir de ahí, sí.

¿Cómo era la vida en Santa Fe, viajaban todas las semanas?

Sí, algunos íbamos los lunes y volvíamos los viernes, otros se quedaban porque tenían viajes muy largos. Lo más lógico hubiera sido hacerlo en Buenos Aires, que de todas las provincias era una en donde había líneas aéreas para llegar y hoteles de todos los precios para quienes se tuvieran que quedar. Pero fue así y a veces nos quedábamos. Hacíamos lo que hacen los diputados. En lugar de hacer una ley, hacés un artículo. Porque la constitución te marca una dirección y de ahí se desprenden las leyes. Por eso la Corte Suprema toma un caso, lo analiza y dice: “No nos corresponde porque hay que tratarlo en la justicia común”, o “Esta disposición va en contra de la Constitución”. La Corte Suprema es la que revisa, a la cabeza de la justicia, la constitucionalidad de las leyes que puedan ser controvertidas.

La retirada de la constitución del obispo Jaime de Nevares, ¿les afectó a ustedes como partido?

Y sí, obviamente, pero él estaba muy tironeado por su compromiso con la gente. Como no logramos que pusieran a discusión el tema de la reelección, él dijo: “Acá no tengo nada que hacer” y se fue. Luego Jorge Yoma, pariente de Menem, intentó decir algo medio sardónico al respecto. Yo lo corté, pedí la palabra y Eduardo Menem con criterio me la dio y le dije cuánto tenían que respetar todos las decisiones de todos nosotros, pero sobre todo los antecedentes de Monseñor de Nevares que se jugó la vida sin tener ningún desaparecido. De los que estaban en la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos durante la dictadura, muy poquitos teníamos conocidos desaparecidos. La mayoría no los tenía y corría los riesgos que corríamos nosotros.

¿La convivencia entre ustedes y el menemismo cómo era? Sobre todo con los más fuertes.

Con Alasino yo tenía una pésima relación, cuando ambos estábamos en el Senado Nacional. Con otros como Eduardo Menem, nos llevábamos bien. En general teníamos buena relación. No hay que olvidar que mucha de la gente que formaba el Frente Grande venía del peronismo. Entonces para nosotros hablar con peronistas no era problema. Y yo nunca fui antiperonista, aunque sí fui muy dura contra algunas acciones que algunos podían cometer, como alguna cuestión de corrupción, a mí no me importaba quién fuera, no tenía ningún compromiso previo. No olvidemos que yo ingresé en la política cuando tenía 60 años. No es que nací en un partido. No es que nadie se la tenga que aguantar. Yo podía vivir sin la política, eso me pasaba a mí.

¿Y por qué decidió entrar en la política?

Yo me metí cuando Alfonsín dió la Ley de Obediencia Debida y después Menem indultó a los militares condenados y a Firmenich, que muy pocos recuerdan que había sido juzgado y condenado a cadena perpetua. En la Asamblea, lo que hacía mientras existían los juicios, era ocuparme de cómo trabajaban los abogados que nosotros poníamos en los distintos comandos donde se estaban llevando a cabo los juicios. Cuando se acabó todo eso, dije: “¿Qué hago ahora?”. En ese momento se empieza a crear un partido que era de pocos, con Carlos Auyero que sale de la Democracia Cristiana y quiere armar uno que no tenga nada que ver con ese. Me convoca y charlamos. De entrada les dije: “Miren que yo de política no sé nada más que lo que leo, intuyo y eso”. Me dicen: “Mejor, mejor”. El partido al principio se llamaba Unión Popular o algo así, duró poco tiempo el nombre. Cuando se acercó gente del PI que también se habían separado, Montserrat y otros que se iban sumando, se llamó FreDeJuSo, parecía el nombre de un jarabe para la tos, horrible. No teníamos un mango partido por la mitad. Después ya vino el Frente Grande.

¿Le quedaron amigos de esa convención?

Sí, sí. Mucha gente murió. Yo tengo 93 años. No era una piba cuando ingresé. Pero por ejemplo Horacio Rosatti, con quien charlamos bastante. Él, haya sido por gentileza o no, en un acto que hizo Jorge Fontevicchia, nos juntamos un ratito y me dice: “Cuando hay un tema de derechos humanos siempre me fijo a ver qué decís vos”. Hubo una época en que se constituyó en Paraná un grupete de ex constitucionalistas que nos juntábamos cada tanto. No estaba difundido el Zoom, sino hubiéramos hecho eso, como yo hago con otros grupos.

¿Quedaron deudas de esta convención, algo que se tendría que haber reformado y no sucedió?

No te puedo decir tajantemente porque después, con un sistema tan presidencialista, depende del presidente que te toque que sea más respetuoso o no. Por ejemplo el tema de los Decretos de Necesidad y Urgencia, la obligatoriedad de que los refrende el Congreso viene de ahí y siempre hay alguna excusa o estado de necesidad que justifica que el ejecutivo los haga. Por ejemplo se agregó después que el jefe de gabinete tiene la posibilidad de cambiar el destino de ciertos fondos, de reasignar partidas, y que si le interesa al presidente lo puede hacer el jefe de gabinete, lo cual no me acuerdo si está expresamente prohibido, pero debe ser siempre motivo de presentación seguramente en la Corte.

Graciela, muchísimas gracias.

///